

María Eugenia Fissore*
Adriana Pontelli*
Marcela Armeñanzas*
María Laura Dargentón*
Silvina TombiÓN*
Patricia de Cara*
Pablo Dragotto*
Milena Vigil*

Supervisiones en grupo, una experiencia de pasaje

Un grupo de candidatos de la Asociación Psicoanalítica de Córdoba (APC) queremos compartir con ustedes nuestras experiencias de supervisión grupal, llevadas adelante en nuestro Instituto de Formación. Esta modalidad, establecida reglamentariamente en el año 2011, inauguró para las supervisiones un dispositivo con formato de grupo¹, novedoso no solo en esta institución, sino también en asociaciones de Argentina y América Latina pertenecientes a la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA, por sus siglas en inglés).

Este giro que nuestra institución hizo respecto a las modalidades de supervisión marcó un punto de ruptura y apertura en las clásicas maneras de considerar algunas cuestiones que hacen a la formación de analistas. En efecto, la oferta de trabajar en grupos de supervisión nos introdujo en una experiencia de cambio en relación con el modo tradicional emplazado en el binomio supervisante(s)-supervisor, modo en el que subyace la puesta en juego de una demanda de saber que le suponemos a un sujeto, a un supervisor.

Quienes sostuvimos este espacio lo llamamos experiencia *clínica de pasaje*. Mantenemos en suspenso esta nominación: su elucidación es resultando de una de las propuestas de esta presentación.

Para la ejecución del trabajo, adoptamos el principio de elaboración sostenida en un pequeño grupo, en el que sus miembros fueron orientados por uno de ellos. La función de este estuvo ligada a abrir la partida, a lanzar o relanzar la discusión y el trabajo al interior del grupo, y sus efectos nos iban habilitando a hacerla propia. Uno de los grupos le dio a ese miembro el nombre de “más uno” (Lacan, 1964/2012). Esta propuesta supuso un primer juego de apertura balizado en el corrimiento del supervisor de un lugar de poder, movimiento que produjo, como efecto, una modalidad distinta de circulación del saber. Casi sin advertirlo, de manera

* * Asociación Psicoanalítica de Córdoba.

1. El artículo n° 9 del reglamento del Instituto de Formación de APC señala lo siguiente: “Cada una de las dos supervisiones tendrá una extensión mínima de dos años de duración, a razón de una supervisión semanal, realizadas con dos analistas didácticos diferentes. **Una de ellas será grupal y estará conformada por un número de dos o tres candidatos, siendo responsabilidad de cada uno de ellos presentar material de su propia práctica y elaborar el informe correspondiente al primero y segundo año del proceso. Además el grupo deberá elaborar un informe sintético que verse sobre la experiencia del proceso de supervisión**” (la negrita es nuestra; Instituto de Formación, 2011).



pronta, fuimos encontrando que cada uno iba ocupando diferentes lugares, algo que solo más tarde, por *après coup*, pudimos entender como un efecto favorable de esa cesión inicial.

Cada uno llegó al grupo con un bagaje de teorías y experiencias procurado en distintos y alternativos recorridos, sin saber qué podría depararle el hecho de trabajar con sus pacientes en el interior de ese dispositivo. No obstante, todos sentimos el deseo de transitar la experiencia desde esta nueva dimensión, más allá de los saberes de cada quien.

Constituyó un desafío animarse a mostrar sin tapujos ante los demás la propia clínica y dar cuenta de las intervenciones; de lo que se dijo, se hizo o se dejó de decir; de lo que se pensó o sintió en relación con un analizante.

Fue fructífera la libertad que tuvimos para trabajar materiales clínicos de distintos pacientes, ya que esta posibilidad colaboró en el proceso de elección del caso a seguir y dio lugar a genuinos interrogantes sobre nuestra

manera de intervenir en diferentes casos.

El grupo nos permitió encontrarnos con una pluralidad de escuchas y fue habilitando el interjuego de transferencias diversas con un material clínico, abriendo el campo a un entrecruzamiento de registros. Ciertamente, el trabajo grupal implicó escuchar y ser escuchados por distintos analistas –nuestros pares con marcos teóricos, estilos, formaciones y experiencias diversos– y, además, produjo cambios desde el inicio, causando movimientos en cadena y hacia distintas direcciones: en el grupo, en las sesiones con el paciente y en la escucha de cada analista.

De a poco, fuimos constatando que nuestros saberes individuales iban trocando en saberes producidos entre otros y con otros. Sin embargo, pensar en grupo no significa perder lo individual, sino compartir en espacios de construcción participativa.

De esta manera, fragmentos de sesiones, de decires de distintos pacientes, de asocia-

ciones promovidas en el grupo comenzaron a discurrir en movimientos envolventes, espiralados, ascendentes que, a la manera de un torbellino, giraban en torno a un espacio vacío y decantaban en un saber construido de un modo diferente y en diferencia, un saber sin dueño, un saber en falta, un saber del grupo.

El desalojo del lugar de saber dogmático por parte de todos los miembros fue traccionando un poder que habilitó la circulación de una palabra viva, ejerciendo efectos de novedad y creatividad, en lugar de tornarse una herramienta de dominación, de sanción, de “cosa juzgada”, productora de intervenciones superyoicas esterilizantes.

En la clínica del caso a caso, cada paciente puesto en el grupo promovía un movimiento fluido, intenso. La lectura y el seguimiento del texto lanzaban un trabajo en el que se iba tejiendo una trama. A medida que fuimos avanzando, los saberes se iban conjugando. El trabajo en redes asociativas de las transferen-

cias de cada uno con el otro, y de todos y cada uno con el caso clínico, potenciaba efectos y multiplicaba resultados.

En los distintos grupos se fue estructurando un espacio de escucha que privilegiaba los decires, poniendo el acento no tanto en la subjetividad, sino en los sujetamientos que determinan un sujeto, todo ello leído en clave de transferencia causado por el deseo del analista.

De esta manera, la dinámica de trabajo en cada grupo se fue afianzando como un nuevo producto en sí mismo. De acuerdo al caso, de acuerdo a las posibilidades de intercambio, cada vez, en cada encuentro, cada quien podía tomar lugares distintos, ocupándose –desde la diferencia– de lanzar el trabajo, de causarlo y encausarlo al interior del grupo.

Este flujo turbulento impactó fuertemente en nuestra clínica cotidiana y produjo un viraje en los modos de interrogarnos. Ya no nos preguntábamos, como al inicio, qué o cómo hace un psicoanalista, sino cómo se hace en cada uno un lugar de psicoanalista. El núcleo de la cuestión se descentró del *ser* analista hacia el *hacerse* analista, un analista que *sepa hacer* en ese lugar.

Retomamos aquí la nominación primera de experiencia de pasaje para decir, ahora, que las supervisiones en grupo resultaron marcadoras de un antes y un después para nuestra praxis. Ninguno de los que nos adentramos en ellas podremos desconocerlas ni tampoco obrar en la clínica sin echar mano de un valor de cambio que nos fue transferido por la vía de una transmisión.

Transitamos una modalidad de supervisión diferente, orientada a un saber hacer analistas, un saber hacer construido –fundamentalmente– como efecto de la producción de un grupo.

Resultó de ello una experiencia de pasaje, pero no de un pasaje al acto, sino del pasaje a un acto analítico en el que el sujeto que salió resultó otro, diferente del que entró. Sujetos analistas que, por haber cruzado el Rubicón, devinimos otros... en diferencia...

Referencias

Instituto de Formación (2011). Artículo 9. En *Reglamento*. Córdoba: Asociación Psicoanalítica de Córdoba.

Lacan, J. (2012). Acto de fundación. En J. Lacan, *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1964).